

PERFIL

Joseph Roth

Desde hace algunos meses, la brillante prosa de Cabrera Infante fortalece periódicamente nuestra revista. Ahora se ha extendido en plasmar el retrato del novelista austriaco Joseph Roth, autor del clásico La marcha Radetzky, que ocupa un lugar indiscutible en el canon moderno de las novelas de guerra.

No hay que confundir a Joseph Roth con el novelista Phillip Roth, ni con el escritor Henry Roth (también nacido en Austria-Hungría), ni con la estrella de cine Lillian Roth, que tuvo más de quince minutos de fama (de hecho fue una hora y media) con su biografía filmica *Lloraré mañana*, en que Lillian se muestra más alcohólica que Joseph —si esto es posible. Roth tampoco es Grosz, el pintor de caricaturas de la sociedad alemana. Aunque hay una cierta verdad en la analogía negativa: Roth, el novelista, fue con su pluma (o con su máquina de escribir) un caricaturista de genio y una o dos frases le bastaban para revelar —o desvelar, en los dos sentidos de la palabra— a un personaje y no sólo su carácter, sino su entera biografía.

El reino de Francisco José (o para decir su nombre varias veces real, Franz Joseph) se extendió en el tiempo desde 1848 hasta 1916, esa casi eternidad en que fue emperador de Austria y rey de Hungría. Dice el escritor J.M. Coetzee cuando habla de los cincuenta millones de súbditos del emperador: “Menos de un cuarto de ellos hablaba alemán como primera lengua. Aun dentro de Austria misma cada dos personas eran eslavos de una forma o de otra: checos, eslovacos, polacos, eslovenos, serbios, croatas y ucranianos”.

La Primera Guerra Mundial se originó, según los austriacos, por culpa de los bosnios y los herzegovinos, cuando el estudiante anarquista Gavrilo Princip, nacido en Serbia, asesinó al archiduque Francisco Fernando y a su consorte durante una visita que hacían, precisamente, a Sarajevo. La fecha, junio 28 de 1914, ha quedado grabada con fuego en la historia —de acuerdo con Borges, no sólo universal sino también infame.

Cuando se firmó el armisticio (que hizo que un oscuro Adolf Hitler cambiara de pintor para escritor y escribiera su atroz *Mein Kampf*, donde hizo célebre la frase “La historia me absolverá”), en 1918, no sólo Adolfo sino Segismundo (Freud) lamentó la firma del Tratado de Versalles y sus consecuencias: “Austria-Hungría no existe ya más”, exclamó Freud, “y no quiero vivir

en ninguna otra parte del mundo”. Para continuar diciendo: “Seguiré viviendo con el torso y me imaginaré que es el cuerpo completo”.

Otros, siguiendo a su cabeza, se escaparon del torso en un salto de la sartén conocida a otro fuego más querido y se mudaron de Viena a Berlín. Unos pocos aunque célebres siguieron viviendo en el torso mutilado cuando el imperio fue desmembrado: entre ellos estuvieron Freud y otro médico notorio, Arthur Schnitzler. Están además los que dieron el salto preferido al cine (Fritz Lang, Fred Zinneman, Billy Wilder) y a la capital de la decadencia y las orgías perennes entre los tilos. Mientras, Freud acostaba otros torsos, casi siempre femeninos, en su sofá ubicuo para oír mejor los sueños como cuentos (y los cuentos como sueños: ese era su arte de la paciencia como método terapéutico) hasta que llegaron los nazis y lo mandaron prácticamente al otro mundo para un vienes —a Londres. Por otra parte, el poeta Stefan Zweig, convertido en rico biógrafo de las estrellas, fue enviado a la fama mundial y al suicidio —para probar que la nostalgia, como el exilio, mata.

Roth, aunque también se había exiliado a Berlín, podía escribir: “Mi experiencia más inolvidable fue la guerra y el fin de mi patria, la *única* que tuve: la monarquía Austrohúngara” —que Roth escribía siempre con mayúsculas. Para continuar con su celebración melancólica: “Amaba esta patria mía”, escribía en un prólogo a su novela más perfecta, *La marcha Radetzky*, “que me permitía ser a la vez un patriota y un ciudadano del mundo entre todos los pueblos de Austria y también un alemán”. Poco sabía Roth que sería un despatriado en todas partes: un apátrida —y que moriría no en Viena ni en Berlín sino en París. Murió de la muerte natural de un alcohólico: el alcoholismo.

Para dar una idea geográfica de los cambios históricos de esta zona del mundo (la que Roth llamaba “esta patria mía”) no hay más que conocer sus diferentes nombres en más de tres idiomas. La antigua Breslavia se ha llamado en distintas épocas Bressau,

Vratislavia, Wroctor, Vrestlav, Bresslau, Breßlaw, Vraclav y otros nombres en otras escrituras —entre ellas en hebreo y en ruso. Hoy se llama Wroclaw y forma parte de Polonia y está enclavada en la región de Silesia, también llamada en polaco Slask, en alemán Schlesien y en checo Slezko. No soy un experto (y además todos los expertos mienten) en historia de la Europa central y oriental, pero sí creo en la determinación del nombre de esta región donde han convivido tantos pueblos y tantas razas no siempre en paz, sino en muchas guerras locales, regionales y continentales —algunas llamadas incluso guerras mundiales.

Fue otro novelista austriaco, Hermann Broch, por ser judío, es decir cosmopolita, y vienés, fallecido en su exilio de Nueva Jersey, quien dijo que el arte (refiriéndose a la literatura) “tiene una significación social pero a un nivel metafísico”. Esta frase es, por supuesto, un axioma estético. Nacidos ambos en el imperio austrohúngaro, Broch y Roth son diametralmente opuestos. La única metafísica posible en Roth es el humor y la intrusión de la historia contemporánea en su felicidad de expresión. No como productora de incidentes no siempre históricos y sí productos de ese dios contrario a la Historia, considerada como diosa odiosa, que es el Azar.

Moses Joseph Roth nació en 1894 en Brody, ciudad que queda “a unas pocas millas de la frontera rusa en la tierra de Galicia”. (Que hay que escribir en español exótico *Galitzia* para que no confundan a los gallegos y los crean polacos.) “En los años noventa (del siglo XIX) dos tercios de la población eran judíos” y así Joseph Roth fue llamado Moisés. Roth, una vez en Viena, ocultó su Moisés y usó desde entonces su segundo nombre con la idea de que *parecía* menos judío. Además decía (hasta en sus papeles de identidad) que nació en la impronunciable ciudad de Schwabendorf, aunque Brody era el centro de la *Haskala*, la unión de la Ilustración judía. Joseph, nacido de nuevo pero sin cambiar de religión, inventó los más variados oficios que ejerció, fraudulentamente, su padre, mientras Roth hijo se consideró toda la vida lo que era: un escritor. Su padre padeció una enfermedad de carácter nervioso en extremo, mientras que su hijo se indujo el *delirium tremens*, la enfermedad mental que se hace terminal para los alcohólicos. Schwabendorf era una ciudad donde predominaban los alemanes, pero, curiosamente, es Brody la ciudad preferida por Roth para situar sus relatos. Joseph, entonces todavía Moisés, fue educado por su madre en la casa de sus abuelos, “prósperos judíos asimilados”. (Esta fue la gran culpa de los judíos que se asimilaban en Austria y Alemania y se consideraban alemanes hasta que llegó Hitler y los exterminó a todos como una raza extraña, convertidos, circuncidados o no, hablaran hebreo o yidish, en *ungeziefer* —es decir, alimañas no alemanas.)



Roth estudió en un Gymnasium donde las clases se impartían todas en alemán. “La mitad de sus alumnos eran judíos: para los jóvenes estudiantes del Este, una educación alemana les abría las puertas del comercio y la cultura dominante.” Roth siempre escribió en alemán pero al final de su éxodo en París intentó escribir en francés. Precisamente en el fatal año de 1914 Roth ingresó en la universidad de Viena, ciudad que “entonces tenía la más grande comunidad judía de Europa central: unas 200,000 almas que vivían en lo que podía considerarse un gueto voluntario”, escribe Coetzee. Mientras que Roth escribió: “Es ya bastante duro ser un *Ostjude*”, un judío del Este, “pero no hay destino más duro que ser considerado un *Ostjude* fuera de la sociedad vienesa”. Los *Ostjuden* “tenían que enfrentarse no sólo al antisemitismo sino también a la altanería de los judíos occidentales”.

Roth fue un excelente aunque desdenoso alumno: una suerte de James Joyce en Viena. “Trabajó parte del tiempo como tutor de los hijos de una condesa.” Y además “en el proceso copió tales modos y maneras de un dandy que besaba la mano de las señoras, usaba bastón y monóculo”. (No tienen más que ver una

fotografía contemporánea de Joyce para tener una imagen visual de su dandismo: sólo que Joyce en vez de monóculo usaba unos quevedos que él llamaba, afrancesado, *pince-nez*.)

La carrera académica a que aspiraba Roth nunca tuvo lugar por el inicio de la guerra. Pacifista, sin embargo se alistó en 1916 —que fue el año en que tiró su Moisés por la borda de su vida asimilada. “Las tensiones étnicas”, dice Coetzee, “eran bastantes en el ejército imperial para que lo transfirieran a una unidad en que no se hablara alemán”, para parar en Galitzia —en un ejército en que sólo se hablaba polaco! De estas contrariedades estuvo llena la vida del ahora llamado Joseph Roth. Pero después de la guerra se inventó unas historias fantásticas de que había sido oficial y puesto preso en un campo de prisioneros en Rusia. “Todavía años más tarde salpicaba su vocabulario con el dialecto particular de los oficiales del ejército austrohúngaro.”

Después de la guerra Roth empezó a escribir para, como dicen ahora los modernos, “los papeles” y se casó. Fue entonces que emigró a Berlín, Viena convertida en el torso sin cabeza que llenaba la vida vivida y las vívidas pesadillas del inventor del lenguaje terapéutico de los sueños. Ahora el imperialista Roth se hizo de izquierdas y firmaba sus artículos como *Der rote Joseph* —¡Roth el rojo!

(En un reverso típico de Roth, su mujer se volvió loca y tuvo que internarla en un manicomio —de donde la sacaron los médicos nazis

por el habitual expediente de la eutanasia, antes de que muriera el “autor cosmopolita”, ahora convertido en activista de la vuelta de su patria como un imperio llamado la Gran Austria.)

Fue también por ese entonces que publicó la primera de sus *Zeitungromane* —las novelas-periódico. Una de ellas, *La telaraña*, tenía como tema presciente “la amenaza espiritual y moral de la derecha fascista”. Apareció tres días antes de lo que se conoce como el “putsch de la cervecería”, el fracasado intento de Hitler de tomar el poder por primera vez.

En 1925 Roth fue nombrado corresponsal en París del diario *Frankfurter Zeitung* y se convirtió “en el periodista mejor pagado de Alemania”. Inmediatamente se hizo más francés que los franceses y amante inútil de las mujeres francesas, a las que consideraba sinuosas y suaves como la seda. Fue entonces que jugó no sólo con las francesas sino con la idea de convertirse en francés. Pero la felicidad de París no duró más que un año y, despedido y despedido, se fue a Rusia, aunque ya escribía de las

“dudosas consecuencias de la revolución rusa”. Sus reportajes rusos fueron un éxito enorme, aunque “continuaba escribiendo ficción para tomar distancia de un mero periodista”. “Yo no escribo”, escribió, “lo que se llaman comentarios ingeniosos. Yo dibujo las facciones (irregulares) de la época... Soy un periodista, no un reportero, soy un escritor, no un fabricante de editoriales”.

Pero el primer gran éxito no le vino a Roth como corresponsal, ni siquiera como editorialista: se lo debió, cosa curiosa, al

cine. En 1930 publicó una novela, *Job: la historia de un simple*, que tiene uno de esos finales felices que tanto gustan en Hollywood. Es el cuento (mejor: la fábula) de un hombre fracasado que continúa su fracaso en un hijo bobo. Un día el Job de Roth se encuentra más fracasado que nunca, pero (siempre hay un pero: hasta para parar el infortunio) el hijo pródigo, para nada un prodigio, tiene un éxito tardío pero arrollador como violinista y rescata al padre que había padecido toda su vida una mala suerte peor que la muerte —exactamente como el Job bíblico. Roth encontró también su suerte como autor dos años más tarde: cuando publicó su obra maestra absoluta, *La marcha Radetzky*.

La marcha Radetzky, compuesta por Johann Strauss padre en 1848, tiene por nombre el apellido de un mariscal de campo austriaco y la marcha militar era considerada símbolo de la monarquía de los

Habsburgo. Que Roth usara la *Radetzky* como título tiene una doble significación: el ascenso y caída de una dinastía conferida por el Emperador, y el esplendor y la miseria (para Roth traída por la derrota del imperio en la Primera Guerra Mundial) y la muerte de Francisco José poco después del armisticio. Roth retrata a los tres personajes principales, ennoblecidos por el mismo Emperador, como falsos héroes y víctimas del incidente que originó su título hereditario (y su mediocridad). El primer Trotta fue hecho señor de la corte después de la famosa batalla de Solferino, librada en Italia en 1859. (Curiosamente *solferino* ha devenido el nombre de un tinte, color de vino tinto, géneros de calidad: era el color favorito de Fortuny.)

La suerte del Trotta original está echada desde el primer párrafo de la primera parte y el primer párrafo de la novela. “Los hados lo habían elegido para un acontecimiento especial. Pero se aseguraron que tiempo más tarde se perdiera su memoria”. (No la suya, por supuesto, sino la de su hazaña.) Ahora aparece



el Káiser con dos oficiales de su guardia personal. Pero uno de sus escoltas le presta unos binoculares y el Emperador está a punto de echárselos a la cara, cuando interviene el teniente Trotta que sabía lo que ese gesto podía significar: “cualquiera que usara binoculares en el frente se marcaba como un blanco propicio”. Trotta sabía bien lo que significaba esta presa epónima. “Su terror ante lo inconcebible, la inconmensurable catástrofe podría destruir a Trotta, al regimiento” –y al régimen. Sigue Roth con una de sus enumeraciones exhaustivas pero no exhaustas: “al ejército, al Estado, al mundo entero”. Un escalofrío recorre el cuerpo de Trotta y el tímido teniente recurre al primer y último expediente y su gesto “estampó su nombre indeleble en la historia de su regimiento. Con sus dos manos alcanzó los hombros del monarca para tirarlo al suelo. Tal vez el teniente apretó demasiado y el Káiser cayó de inmediato”.

La bala dirigida al Emperador se incrusta en el cuerpo del teniente Trotta “destrozándole la clavícula izquierda bajo su paleta y le extrajeron el proyectil en presencia del Comandante Supremo”. Cuando Trotta se recupera cuatro semanas más tarde “es poseedor del grado de capitán y de la más alta de las condecoraciones –la Orden de María Teresa– y lo ennoblecen. Ahora se llamaba el capitán Joseph Trotta von Sipolje”. (Von Trotta había adoptado el nombre de su remota aldea como título nobiliario.) No sólo el Emperador, el regimiento y el ejército alaban su hazaña –nunca calculada–, sino que aparece su nombre y su proeza es recogida en un libro de texto para escolares. “En la batalla de Solferino nuestro Emperador y Rey Francisco José I estaba acosado por un gran peligro” y Trotta mismo aparece –pero totalmente transformado: “El monarca se había aventurado tan lejos en medio de la batalla que se encontró rodeado por una tropa enemiga. En ese momento de ansiedad suprema, un teniente de años mozos galopa a toda velocidad en su corcel bañado en sudor, blandiendo su sable. ¡Oh los mandobles que hizo llover sobre las cabezas y los cuellos de los jinetes enemigos!”

Era, por supuesto, un texto falaz, pero lo que nadie podría suponer es que el antiguo teniente, ahora barón, Von Trotta iba a armar, como se dice, la tremolina. Insistiendo en todas partes que el escrito es un cuento infame en un libro de texto, consigue lo que Roth llama “el martirio del capitán Joseph Trotta von Sipolje, Caballero de la Verdad”. (Hubiera sido peor si el parte sin arte hubiera dicho “el teniente Trotta trota”. Pero, claro, esa es una interpolación de este traductor.) Trotta, ofendido en su honor, después de escribir al ministerio de Religión, Cultura y Educación (la respuesta le viene a su viejo coronel con una recomendación personal: “Déjelo estar”), pide por medio de los canales oficiales una audiencia con Su Majestad y “una semana más tarde estaba en palacio cara a cara con el Comandante en Jefe Supremo”. “Oye, mi querido Trotta”, susurra el Káiser, “todo este asunto es bastante raro. Pero ninguno de los dos sale tan mal parado. ¡Déjalo estar!” “Majestad, ¡todo es mentira!” Responde el Káiser desde su enorme majestad –que para Trotta es sabiduría: “Todo el mundo dice mentiras.” Al responder el

Emperador da por terminada la audiencia.

Mientras tanto, la banda primera del ejército austriaco ensaya como si fuera la primera vez *La marcha Radetzky*. Mientras, el tercer Trotta piensa que “la mejor manera de morir sería oyendo música marcial y mejor que mejor *La marcha Radetzky*”. Aunque poco después se siente ajeno al ejército: ajeno a todo. Pero la vida del Emperador la salvó un Trotta y “si eres un Trotta salvarías la vida del Emperador una y otra vez”. Ahora, mientras el piano reverente irreverente toca *La marcha Radetzky* en un burdel, el joven Trotta manda a quitar el ubicuo retrato del Emperador de una de las paredes turbias de la casa de lenocinio. Todos, soldados y oficiales, “sentían que se había convocado a la muerte” después de un duelo que era un doble suicidio. “La muerte los sobrevolaba y no estaban familiarizados con tal sentimiento. Habían nacido en tiempos de paz y convertido en oficiales en marchas y maniobras pacíficas. No tenían ni idea de que años más tarde todos y cada uno de ellos, sin excepción, encontrarían la muerte.” Y el teniente Trotta sentía, sentado entonces en el balcón de su padre, que “sería de veras una bagatela caer muerto”. Pero también en una taberna de mala muerte “la pianola emitía un popurrí de marchas militares, entre las que se podía oír los golpes del tambor de *La marcha Radetzky*, que aunque distorsionada por roncros zumbidos mecánicos era todavía reconocible durante intervalos específicos”. Pero el teniente, mientras muere, oye los disparos antes de que sean escuchados también los golpes de tambor de *La marcha Radetzky*. Sin embargo “el regimiento estaba estacionado en Moravia y sus tropas no eran checas, como se podía esperar: eran ucranianas y rumanas”. Mientras, el anciano Emperador “estaba viejo y confuso y de su nariz pendía una perenne gota”. (Evidentemente un moco líquido.) “Era el tiempo en que las bromas separaban a los nativos de los extranjeros.”

Escribe Roth: “Entonces, antes de la Gran Guerra, cuando ocurrieron los incidentes reportados en estas páginas, no era aún algo indiferente si una persona vivía o moría.” Era cuando “los austriacos alemanes eran conocidos por bailar el vals y por ser borrachos cantores, los rutenios eran rusos traidores disfrazados, los húngaros apestaban, los checos lamían todas las botas, y a los croatas y a los eslovacos se les llamaba corbatas y esclavos, fabricantes de cepillos y asadores de castañas, y los polacos eran todos mujeriegos y fotógrafos de modas”. El Emperador estaba por encima de todo y de todos. “También estaba un poco ido” pero permanecía todavía –aunque entre las brumas de la confusión inconfesa era capaz de decirle al segundo barón Trotta de su hijo: “Ese es el joven oficial que vi en las recientes maniobras”. Para añadir fusión a la confusión: “Casi me salvó la vida. ¿O fue usted?” No era este Trotta tampoco, sino el teniente de infantería al que había ascendido inmediatamente a capitán y ennoblecido con el título de Von Trotta de Sipolje. Todavía en otra ocasión el Káiser confunde al propio teniente Trotta con el Héroe de Solferino, y corregían ¡al Emperador!, que no sabe aún si este es el hijo o el nieto. Pero no es la historia del Káiser la que cuenta Roth. La novela trata de los Trotta: los tres tristes Trotta.

Los Trotta son el capitán original, epónimo que se hizo anónimo y se perdió en el olvido. El segundo barón era un mediocre que sin embargo consigue morir al mismo tiempo que el Emperador –pero en un espacio perdido. El último de los Trotta, el teniente Carl Joseph, es destinado a la caballería, primero, y luego enviado, mal jinete que es, casi de castigo a la infantería. Mal soldado que será, deserta (como el antihéroe de *Adiós a las armas*) para regresar enseguida a su ejército. Muere no en una batalla sino en una escaramuza cualquiera –y es un destino inútil. Va en busca de agua, pero encuentra la muerte. Varios soldados del teniente son baleados tratando de alcanzar un pozo y traer agua al regimiento, que no muere por el fuego enemigo sino de sed. Una bala hiere fatalmente al teniente. Así describe Roth la muerte del último de los Trotta: “El fin del nieto del Héroe de Solferino fue un fin mediocre, nada útil a los libros de texto en las escuelas primarias y secundarias de la Imperial y Real Austria. El teniente Trotta murió no con un arma en la mano sino cargando dos baldes de agua.” Antes el teniente Trotta había recorrido las guarniciones del imperio y casi toda la novela creando catástrofes con su inocencia perpetua: ¡una versión masculina de la Justine de Sade! Hay, sin embargo, una escena de seducción del teniente Trotta, cuando era un muchacho de quince años, por una mujer mayor ya casada, que

es un modelo de narración erótica contenida –aunque tal vez la discreción se deba a la censura.

Ahora han aparecido en todas partes los cuentos de Joseph Roth, completos (aunque hay fragmentos de novelas y *novellas*, como la absolutamente maestra *El jefe de estación Fallmerayer*), que han sido recibidos por la crítica inglesa y americana con precioso y apreciado fervor y se le ha comparado con Kafka y con Chéjov. Es hacerle a Roth un mal servicio fúnebre. Kafka no se parece a nadie, ni siquiera un confesado epígono como Borges se parece a Kafka. En cuanto a Chéjov, no hay otro cuentista mayor en su tiempo: ni Maupassant ni Kipling pueden compararse con Chéjov. Sin embargo, Roth es un escritor de una evidente originalidad. No sólo en sus cuentos y en sus novelas sino en sus *novellas*. Todo está informado y formado por una ironía que no se podría llamar socrática y sí socarrona. La diferencia entre Roth y Malcolm Lowry, los dos grandes ebrios de la literatura del siglo XX, es que Lowry tenía una cultura clásica notable y podía citar a Marlowe y a Shakespeare sin sobresaltar al lector. Roth nunca cita nada y es que no leía más que los periódicos del día, y sí solía citar el axioma de Karl Krauss, otro escritor austriaco, muerto en Viena, que decía: “Un escritor que se pasa el tiempo leyendo (a otros autores) es como un camarero que emplea su tiempo comiendo.”

La marcha Radetzky fue publicada en 1932, cuando el autor tenía 38 años muy bien conservados en alcohol etílico. Roth es un original porque no tenía influencias, aunque estaba bajo la influencia del alcohol de 180 grados. Su novela mayor, *Radetzky-marsch*, puede compararse con otras novelas en que la guerra incide fatalmente en la vida de los personajes. No se puede comparar, por cierto, con *Guerra y paz*, porque la novela de Tolstoi es incomparable, impar. Pero sí con *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, publicada en el año de desgracia de 1929, escrita en alemán, y con *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway, publicada también en 1929. Las tres tienen la Primera Guerra Mundial como el tiempo feliz en la desgracia –y las dos últimas fueron grandes *bestsellers*. *Sin novedad* fue una novedad absoluta: se vendieron dos millones y medio de ejemplares, traducidos a 25 idiomas en ¡18 meses! Ninguna novela de Roth fue esa clase de *bestseller*.

La marcha Radetzky es una novela melancólica y a ratos nostálgica –como su autor. La enumeración de las muchas bebidas compite con la alimentación de alimentos terrestres: exquisitos, innúmeros y siempre tan tendidos y dispuestos que convidan. Pero si Roth tenía, como aquel que dice, una cultura sólida, se hacía líquida en toda clase de bebidas. Roth llama al primer barón Von Trotta el Héroe de Solferino, con afectuosa ironía. Así su creador pudo decir: “Von Trotta soy yo”, sin imitar la famosa declaración de Flaubert: “*Madame Bovary c’est moi!*”

Estamos frente a una novela de arte mayor. Todos lo dicen. Yo también. Sin embargo prefiero *Las mil y dos noches*, publicada ahora en *paperback* con el más atractivo y adecuado título de *El collar de perlas*. Pero esa es, por supuesto, otra historia. –

© Guillermo Cabrera Infante, 2002.

UAM, docencia en movimiento

Nuestra Casa abierta cuenta con una sólida planta académica que combina la impartición de la docencia de alto nivel, con el desarrollo de proyectos de investigación de vanguardia.

En la UAM imparten clase 3 mil 208 profesores-investigadores, de los cuales más de 70% tienen maestría o doctorado, son de tiempo completo y desarrollan proyectos y programas de investigación.



Mediante el trabajo de investigación de la planta académica se consigue incorporar en los contenidos de los programas de estudio conocimientos recientes sobre las diferentes disciplinas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
www.uam.mx